

a este tema fundamental para la comprensión de las Altas Culturas americanas.

J. Roberto Bárcena

**SOUSTELLE, Jacques: 1984. *Los Olmecas*. Fondo de Cultura Económica. Sección de Obras de Antropología. México. 191 pp., 74 figuras (13 en color), 2 mapas y un plano. (23 x 15.5).**

Versión española, según traducción de Juan José Utrilla -no siempre coincidente con la terminología arqueológica: incidida por incisa (p. 69 y otras), "decoración entallada" (p. 73), "vasos con pico de estribo" (p. 76), etc.-, de "Les olmèques. La plus ancienne civilisation du Mexique" (Librairie Arthaud, París, 1979).

Es una buena contribución de Jacques Soustelle a este tema fundamental para la comprensión de las altas culturas mesoamericanas y aún andinoamericanas.

La síntesis es amplia (bibliografía hasta principios de 1979, con 220 menciones) y el inventario arqueológico es a veces pormenorizado en exceso. Se consideran diversas posiciones referidas a aspectos del tema central y se ofrece una postura personal sobre ellos.

Hay buenas y numerosas ilustraciones de "cabezas colosales", estatuillas, altares, estelas, hachas, glifos, etc., y ninguna del habitat o de los propios "complejos" Olmeca (excepción hecha del plano de La Venta -según I. Bernal, 1969- de la lámina final). Varias de las ilustraciones son en colores y algunas tienen epígrafe incompleto (láminas 48, 50, etc.). También hay dos mapas del área Olmeca (uno general, de difusión de esta cultura -p. 8; sin epígrafe- y otro particular -según I. Bernal, 1969-, con la zona nuclear de la misma -luego de láminas 68/70-).

En la "Introducción" (pp. 9-16) se efectúa una revisión rápida, con pocos datos y algunos de ellos ya desactualizados en aquel momento (cronología del poblamiento inicial en Perú y en Chile, etc.), del primer poblamiento americano y de México central en particular. Se centra la atención en los procesos culturales meso-

americanos (en torno a la caza, la recolección, la agriculturización, la sedentarización, etc.) y la periodización prehistórica en uso ("preclásico", etc.), conviniendo que a partir de mediados del segundo milenio a.C. se generaliza un modo de vida caracterizado por el aumento de la población, la concentración en aldeas, la mayor producción de alimentos, cierta jerarquización social, etc., siendo esta la situación cuando se manifiesta la Cultura Olmeca. Los Olmeca ("gentes del país del hule", en la costa del Golfo de México) parecerían no tener raíces locales y haber desaparecido de la misma inexplicable forma.

En la primera sección ("El descubrimiento de los Olmecas", pp. 17-37) se registran los datos, desde 1862, acerca de los distintos hallazgos arqueológicos y se historia cómo se abre paso la idea de un nuevo estilo, más tarde una nueva cultura, del sudeste de México (en la vasta llanura de aluvión, con lagunas y pantanos, de vegetación densa, de la parte meridional del Estado de Veracruz y la franja occidental del de Tabasco), que pronto se designará Olmeca (H. Beyer, 1927; M. H. Saville, 1929; G.C.Vaillant, 1932; etc.). Esta historia pasa también por posiciones encontradas como la de los "mayizantes" (J.E.S.Thompson, S. Morley, etc.) que hacían de la Olmeca una cultura postclásica, o la de los antropólogos mexicanos (A. Caso, M. Covarrubias, etc.) que aceptaban una antigüedad mayor. En esta cuestión tuvo mucho que ver el hallazgo de la "Estela C" de Tres Zapotes cuya inscripción, quizás de "cuenta larga" siguiendo el símil de los maya clásicos, admitía varias lecturas. Más tarde, ya en la década del 50 y del 60, estos aspectos se aclararon con nuevos hallazgos y por la datación radio carbónica que mostró que sitios tan notables como La Venta o San Lorenzo -Tenochtitlán, San Lorenzo y Potrero Nuevo-, databan del XII milenio a.C. (M. Stirling y P. Drucker) y habían sido ocupados hasta fines del siglo VII -o V- y X a.C., respectivamente; con una nueva ocupación Olmeca, hacia el 600 a.C., en el caso de San Lorenzo (fase "Palangana", que perduró hasta 300 a.C.).

En esta sección queda planteada además la situación de esta cultura como "primer pueblo civilizado de Mesoamérica" (p. 32) que construye extensos centros ceremoniales, esculpe bajo y alto-relieves, realiza monolitos en forma de "altares" y estelas, produce un simbolismo de larga perduración (los motivos felínicos, "bebés" con atributos felinos, etc.) y quizás una escritura y un tipo de calendario, etc., irradiando su "civilización" del Estado de Veracruz al de Michoacán y desde el de Guerrero hasta Costa Rica (Nicoya). También se plantea aquí la cuestión de la apariencia física de los olmecas (no hay restos óseos en buenas condiciones de estudio) en base a sus representaciones de la figura humana ("cabezas colosales", estatuillas en jade y otros materiales, estelas, etc.) y las distintas hipótesis sobre la lengua que hablarían (¿protomaya?, ¿de la familia lingüística maya?, ¿una lengua distinta?, ¿un protomixe-zoque?, ¿un pre-zapoteca?).

La segunda sección ("El corazón del mundo Olmeca", pp. 38-71) está dedicada a la zona "metropolitana" del área Olmeca: la isla de La Venta, San Lorenzo, Laguna de los Cerros y Tres Zapotes. En aquel entonces se conocían unos cuarenta sitios Olmeca ubicados en su mayoría en el Estado de Veracruz y, en menor medida, en el de Tabasco. De ellos se eligen los mencionados -con referencias a algunos más- y se describen los hallazgos. Se habla de los "complejos" (conjunto de túmulos) de La Venta y se aclara la forma de su "pirámide" que, desprovista de vegetación resultó ser un notable cono de tierra apisonada, terminado en punta, de 34m. de altura por 140 m de diámetro, con surcos profundos en sus flancos. A diferencia de otras pirámides mexicanas, ésta no alojó un santuario en su cima. Se explican también las grandes fosas rellenas por serpentina y tierras de color que constituyen las "ofrendas masivas", ocultando de la vista, entre otros, notables mosaicos de bloques de serpentina que figuran la máscara estilizada de un felino con ornamentos en su cabeza. Se detallan además otros hallazgos y ofrendas particulares como la encontrada en una cavidad, rellena de arena y disimulada con capas de arcilla de diversos colores, consistente en dieciseis estatuillas antropomorfas de jade, serpentina y piedra volcánica rojiza y seis pequeñas columnas de jade. Las figuras estaban de pie y quince de ellas dispuestas en semicírculo frente a la restante, que tenía tras de sí las columnas en hilera. La escena es sugestiva. Las figuras, con huellas de haber estado pintadas de rojo, recuerdan en esto lo que parece fue una costumbre funeraria olmeca (caso de la Tumba A de La Venta, con restos óseos en mal estado, cubiertos de una capa de ocre rojo). Otros aspectos notables de La Venta son sus "altares", la representación escultórica de "niños" pequeños (los "bebé-jaguar") en determinadas asociaciones, las estelas con sus escenas particulares y los enormes monolitos de basalto conocidos como "cabezas colosales". Se destaca que la materia prima de estos notables trabajos de escultura o de construcción de los complejos ceremoniales provenía de lugares distantes (Sierra de los Tuxtlas, etc.).

La Venta, con sus fases I a IV, entre 1200 y 400 a.C., es abandonada en esta última fecha, siendo más tarde sus monumentos derrumbados o mutilados.

De San Lorenzo se destaca su escultura monumental (cabezas colosales, estatuas, bajorelieves, etc.) y se indican rasgos que continuarán entre los toltecas y aztecas (ciertos atributos que pasarán a la "serpiente emplumada", Quetzalcóatl, o bien el altar -mesa de piedra- sostenida por "atlantes"). San Lorenzo cesa en su ocupación a fines del siglo X a.C., se produce también la mutilación de sus monumentos y, luego, la reocupación por gentes venidas probablemente de La Venta (600 al 400 a.C.).

De Tres Zapotes ("Hueyapan") se dan sus fases -según Bernal;

1500 a.C. al 200 d.C.-, siendo la intermedia y la llamada "Tres Zapotes superior I" contemporáneas de La Venta y San Lorenzo y, en parte, de la misma La Venta y la fase "Palangana" de San Lorenzo, respectivamente. Tres Zapotes parece haber albergado un "Olmeca tardío" que, hipotetiza Soustelle, podría ser "pre-maya", y asimismo tiene la particularidad de algunos hallazgos bastante antiguos -anteriores al 1200 a.C.-, como ciertas inscripciones, que pre-anunciarían la numeración usada posteriormente.

La sección termina remarcando la importancia de la cinceladura y la escultura Olmeca en la región, basadas en el empleo de materiales pétreos provenientes al menos de cien kilómetros de distancia. Este hecho habría sido una fuerte razón para la expansión de la cultura fuera del ámbito señalado. Otro hecho importante es que el arte del trabajo de la piedra se encuentra plenamente desarrollado, prácticamente desde los comienzos de la Cultura Olmeca. Ambos hechos son una advertencia que Soustelle parece desatender en su posición sobre el origen de los olmecas, como puede apreciarse más abajo.

La tercera sección ("La expansión Olmeca hacia el Altiplano Central de México", pp. 72-78) se dedica a seguir el rastro, tras las huellas arqueológicas, de la expansión Olmeca en los valles de México (Tlatilco, etc.), Toluca y Puebla, donde los olmecas, en pos de los materiales ausentes en su región, se pondrían en contacto con culturas menos desarrolladas a las que influirían en un grado importante, desconocido en profundidad. Habría entonces ciertos intercambios -comercio-, incluso el establecimiento de "colonias" Olmeca en la Meseta Central desde momentos muy tempranos (1200-900 a.C.), y una influencia de esta cultura cuyos frutos se aprecian plenamente en la época clásica.

Una cuarta sección trata de la expansión Olmeca hacia el Pacífico ("Rocas esculpidas y cavernas pintadas: la expansión Olmeca hacia el Pacífico", pp. 79-92). En este caso los vestigios olmecas más seguros son principalmente los bajorelieves rupestres de Chalcatzingo en el Estado de Morelos y las pinturas de las cavernas "santuarios" de Juxtlahuaca y de paredones y grutas poco profundas de Oxtotitlán, ambos en el Estado de Guerrero (en el primer caso, en las paredes del interior profundo de grutas se representan motivos frecuentes en la iconografía Olmeca: personajes con atributos felínicos; el felino y la serpiente "emplumados"; etc.; mientras que en el segundo se representan figuras más variadas -personajes, diversos animales, etc.-). El río Balsas, en el occidente mexicano, parece haber constituido el límite de la expansión Olmeca, lo que explicaría la ausencia de vestigios de esta cultura en Michoacán y estados del Noroeste (Colima, Jalisco y Nayarit).

La abundancia de objetos de "estilo Olmeca" en el Estado de Guerrero, y algunas particularidades de los mismos, llevó a que algunos autores (M. Covarrubias, C. Gay, etc.) plantearan la hipótesis del origen de la Cultura Olmeca en la región central del Estado, lo que no acepta Soustelle basándose en la plenitud de desarrollo de la cultura en la llamada zona "metropolitana", a lo largo de la costa del Golfo de México (desde El Viejón hasta La Venta).

El capítulo V, "La expansión Olmeca: los valles de Oaxaca" (pp. 93-100), se dedica a mostrar las analogías de "Los danzantes" de Monte Albán -fases del 900 al 400 a.C.- con el "estilo Olmeca", las relaciones comerciales entre la zona olmeca del Golfo y el valle de Etla -intercambio de conchas marinas de nácar del país olmeca por productos terminados en ese material y en magnetita propia de la segunda región, durante las fases San José Mogote, aprox. del 1000 al 900 a.C., y Guadalupe, del 900 al 600 a.C., ambas del valle de Etla-, la supervivencia del estilo Olmeca en algunos ceramios como el "Escriba" de Cuilapan, la probable influencia fuera de los valles de Oaxaca -en la Mixteca Alta- como en el caso de Huamelulpan -grabados y glifos del estilo de Monte Albán II, y una estela/estatua, según el cánon olmeca, de probable edad Monte Albán I-, la difusión del estilo Olmeca en otros lugares del Estado de Oaxaca -incluso en la costa-, etc.

Los elementos olmeca de la Mixteca Alta tienen una antigüedad considerable (quizás unos 1100 años a.C.) por lo que se llegó a opinar sobre la probabilidad del origen del estilo en esta región, lo que contradice Soustelle sosteniendo un contacto temprano con los Olmeca del Golfo.

La dilucidación del alcance de la presencia Olmeca en Oaxaca es importante pues por este Estado debió producirse el avance hacia Guatemala y América Central. Soustelle cree improbable la progresión al Pacífico a través de las montañas, sosteniendo en cambio el paso del Istmo de Tehuantepec y el avance a lo largo del Soconusco -corredor de las Tierras Calientes- que se abre naturalmente hacia el océano.

En VI, "La expansión Olmeca: el sudeste de México y la América Central" (pp. 101-121), se refieren los numerosos vestigios olmecas del Estado de Chiapas, lo mismo que la presencia de otros "olmecoides" y aún la de los pertenecientes a una cultura "intermedia" entre la Olmeca y la civilización Maya. También se señala la expansión olmeca hacia Guatemala y El Salvador, al igual que los vestigios, más esporádicos, de Honduras y Costa Rica, ya en el límite austral de Mesoamérica, área de contacto con avanzadas de determinadas culturas andinas.

Se marca entonces un derrotero, a través de los hallazgos arqueológicos, que partiendo de Veracruz-Tabasco desciende hacia

el Sur hasta la región central de Chiapas (Ocozocuatla y Chiapa de Corzo), continuando luego por el estrecho corredor de la costa llana y tórrida, el Soconusco, entre las montañas y el mar, al Sur del Istmo de Tehuantepec. En Tonalá, interesante enclave que domina al Soconusco, existe un centro ceremonial con estelas, "altares" y rocas grabadas de indudable inspiración olmeca y en un área cercana, Tzutzuculi, se halló un conjunto de estructuras, entre las que se cuenta un túmulo con su plataforma y dos bloques ("monumentos") grabados, todo ello de estilo Olmeca, lo mismo que el trazado del centro ceremonial que sugiere el sitio principal de La Venta. Esta presencia olmeca -viajeros, comerciantes, militares- fue fechada entre el 545 y el 340 a.C. (fechas R.C.). Otro enclave olmeca, en esta progresión hacia Centroamérica, es el de Pijijiapan, al Sudeste de Tonalá, con una fase considerada contemporánea de San Lorenzo (1100-800 a.C. Cronología que a nuestro juicio debió alertar a Soustelle sobre la dificultad que implica para su esquema explicativo de la "expansión" Olmeca. Recordemos por otra parte que autores como R. Piña Chan, 1971 -1982<sup>1</sup>, piensan que el impulso de la escultura monumental -como antes el de la cerámica- viene del Sur, principalmente de la costa del Pacífico en Guatemala, y que desarrollos escultóricos de esta tradición se producen en La Venta, San Lorenzo, etc., recién en la que Piña Chan llama fase Olmeca II -1200/800 a.C.- y tienen su apogeo en el Olmeca III -800/400 a.C.-). Luego, ya en Guatemala, hay varios sitios con hallazgos de bajorelieves -entre otros- que demostrarían la presencia olmeca en la región (Piedra Parada de San Isidro, etc.), al igual que en El Salvador (roca grabada de La Victoria -Chalchuapa-) y en Honduras (fase Jaral -800 al 400 a.C.- de Los Naranjos en el área del Lago Yojoa). Finalmente, la Península de Nicoya en Costa Rica, donde también se constataron influencias olmecas, parece ser el límite de expansión de esta cultura en Centroamérica.

Aquí hubiere importado contar con el desarrollo de un aspecto como el de las relaciones andino-mesoamericanas, considerando la Cultura Olmeca y culturas del formativo ecuatoriano (Valdivia, Machalilla, etc.) y peruano (especialmente el medio, "templario" o "cultista" -Chavín, etc.-). Lamentablemente Soustelle parece ignorar, entre otros, el "Primer Simposio de correlaciones antropológicas andino-mesoamericano" (julio de 1971; Salinas, Ecuador), cuyas ponencias tuvieron difusión antes de la publicación selectiva de ellas (Guayaquil-Ecuador, 1982<sup>2</sup>) y las reuniones posteriores sobre el tema (Departamento de Antropología de la U. de Illinois

1 Piña Chan, Román: 1971 [1982]. "Una hipótesis sobre la Cultura Olmeca". Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-mesoamericano (25-31 de julio de 1971. Salinas-Ecuador), pp. 275-277. ESPOL. Guayaquil, Ecuador.

2 Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-mesoamericano. Salinas-Ecuador, 25 al 31 de julio de 1971. Edición -1982- de J. Marcos y P. Norton. Escuela Superior Politécnica del Litoral, Guayaquil-Ecuador.

-1977, ponencias publicadas en el vol. 9 del "Journal of the Steward Anthropological Society" -1977/78-; etc.).

Un problema planteado en esta sección es el del paso hacia las altas culturas clásicas y el de la aparentemente paradójica ausencia de restos olmecas en el país maya (Petén, valle del Usumacinta, Yucatán). La primera cuestión podría resolverse por la existencia de "estilos" como el de Izapa (Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala), cuya característica, propia de la vertiente pacífica de América Central, se manifiesta en esculturas de piedra (estelas, "altares", etc.) con bajorelieves de cierta afinidad olmeca. El estilo llega incluso a regiones altas de El Quiché (Guatemala). Su cronología correspondería a los primeros siglos anteriores a la Era, con lo que se llenaría el "vacío" entre los olmecas y la civilización maya (siglo III d.C. en adelante). Este sería, según Soustelle, el pensamiento de M. Coe, quien considera a los olmecas "pre-mayas" que finalmente emigrarían hacia el Petén, la península de Yucatán, etc., sufriendo transformaciones -Izapa, etc.- hasta originar la Cultura Maya. Por su parte Soustelle no acepta que Izapa sea estilísticamente una forma intermedia entre la escultura olmeca y la maya, e insiste en la segunda cuestión planteada al principio: la escasez de vestigios olmecas en el Petén, en el valle del Usumacinta y en Yucatán. Recuerda sin embargo algunos hallazgos de factura olmeca en Copán, Uaxactún, etc., y acepta que hay aspectos de la cultura maya clásica que prolongan la tradición olmeca (ciertas características de los centros ceremoniales, algunas esculturas, etc.). Propone entonces una hipótesis alternativa. Basándose en apreciaciones glotocronológicas recuerda que el bloque lingüístico maya, que ocuparía la costa del Golfo de México a comienzos del segundo milenio a.C., se escindiría hacia el 1500 a.C. en la rama huasteca que emigró al Norte y la protomaya que lo hizo hacia el Sudeste -hasta la zona maya clásica-. Esta última, no olmeca, asiste al apogeo de los centros olmecas -La Venta, San Lorenzo, etc.- sin entrar en su órbita -por dominación o asimilación-, pero inspirándose en ellos para sus realizaciones posteriores.

En el capítulo VII, "¿Un Imperio Olmeca?" -pp. 122/131-, Soustelle llega a la conclusión de que no hubo tal. Para ello repasa los vestigios olmecas refiriéndose a sus centros ceremoniales y habitacionales como "ciudades dispersas", expresión de la "simbiosis" entre una población de cultivadores -productores de alimentos y dispensadores de mano de obra- y una élite dirigente -sacerdotes, comerciantes, guerreros, etc.-. Ensayo también considerar los distintos centros "metropolitanos" olmecas como formando parte de una confederación liderada probablemente por La Venta.

---

dor. Contiene una selección de 24 ponencias de 25 autores, además de un "Prefacio" de los editores y una "Introducción" de Donald Collier. 485 pp. y numerosas ilustraciones (blanco y negro).

Luego insiste en hablar de una "civilización" Olmeca y, contra la opinión de buena parte de los estudiosos que consideran a la Olmeca como una cultura formativa avanzada, se refiere a la "mutación que hizo pasar a los olmecas de la aldea a la ciudad" (p. 124). A continuación, sin embargo, contradice su aseveración al mencionar la noción de "masa crítica" de población sin percatarse del aspecto procesal de la cuestión. Finalmente, recuerda que la sociedad olmeca, evidentemente jerarquizada, no es guerrera. Por el contrario sí parece haber desarrollado un activo intercambio de productos, estableciendo redes de "colonias" coexistentes con las poblaciones locales. Notamos que en esta sección, al igual que en otras, se aluden ejemplos extra-americanos (culturas de la Antigüedad Clásica del Viejo Mundo, etc.) para establecer paralelismos, lo que resulta un tanto excesivo.

En VIII, "Algunos rasgos de la vida Olmeca" -pp. 132/139-, el autor se refiere a tales aspectos considerando principalmente los vestigios arqueológicos inorgánicos que, prácticamente, son los únicos que han llegado hasta nosotros. Son la cerámica y la escultura de materiales pétreos -jade, basalto, etc.- las que preservaron en su iconografía algunos datos de los hombres y las costumbres olmecas. Se conoce la práctica de la deformación cefálica y la de la mutilación dentaria, también algunos detalles de la vestimenta (vestidos y adornos) y de los cultivos que se desarrollarían (algodón, etc.), además de algunas particularidades de las viviendas (de materiales perecederos) y de ciertos objetos cuya utilidad se ignora ("antorchas", "manoplas" -asociadas por Soustelle con la protección de las manos en el juego de pelota característico de la América Media-), etc. Todos estos indicios conforman un "patrón" que luego será común en la civilización mesoamericana.

En el capítulo IX, final, se trata de "El tiempo, los dioses: simbolismo y escritura" (pp. 140-166). En primer lugar se mencionan la existencia de un nutrido panteón de dioses, la escritura con sus "glifos" -ideogramas, fonogramas- y el sistema cronológico complejo -cuenta del tiempo y método de adivinación- mesoamericanos, los que mantienen ciertas características semejantes a pesar del diacronismo cultural. Se aclara además que la escritura mesoamericana está firmemente relacionada a la cronología y los calendarios, como así también a la religión y la concepción del mundo. Se ejemplifica con la mención de las inscripciones y manuscritos mayas y los códices del centro de México ("libros del destino", recopilación de mitos, "manuales" de ceremonias). Luego se considera el problema de la existencia de una escritura olmeca. La cuestión se resuelve indagando primeramente en los sistemas mesoamericanos de cómputo del tiempo (los dos calendarios del "clásico" y el "post-clásico"). Con esa base se revisan las inscripciones olmecas, encontrando que algunas de ellas corresponderían al ciclo de 260 días ("tzolkin" maya), mientras que otras, minoritarias, lo harían con la "cuenta larga". Se concluye entonces que el "tzolkin"



reconoce una alta antigüedad, muy probablemente desde la época olmeca, y que debió originarse en "Tierras Calientes" como parecen indicarlo los "glifos", siempre asociados al sistema cronológico, inspirados en animales de esas regiones (cocodrilo, jaguar, etc.). Por otra parte surgiría también la conclusión de que el calendario de 260 días fue anterior a la "Cuenta larga" y que la "fecha cero" de ésta podría muy bien ser distinta entre los olmecas a la que posteriormente usarán los mayas. Por último se acepta que los olmecas utilizaron símbolos ("glifos") para designar objetos, ciertas nociones y fenómenos, etc., los que bien podrían representar una suerte de "pre-escritura".

Un aspecto importante que también se indaga aquí es el de la búsqueda entre los símbolos y representaciones olmecas, de aquellos que signifiquen sus divinidades. El autor repasa las diferentes hipótesis al respecto (M. Covarrubias, M.D. Coe, P.D. Joralemon, etc.), deteniéndose especialmente en las identificaciones de representaciones olmecas con divinidades posteriores ("Tláloc", "Xipe Totec", "Quetzalcóatl," etc.), oponiéndose a la mayoría de ellas. Por su parte enumera como probables las siguientes divinidades olmecas: el dios-jaguar (más o menos humanizado; encarnación de las "fuerzas telúricas"); el dios-jaguar de rasgos mixtos (humano-felino; bajo la forma de "bebé"; representaciones correspondientes a un "ciclo mítico"); una "divinidad de la abundancia vegetal" (preanunciaría las "Chalchiuhtlicue" y las "Chicomecóatl" del panteón náhuatl); las probables "divinidades menores"; el probable "dios con cabeza de ave" (quizás ligado a la agricultura); las "serpientes" -no emplumadas según Soustelle- que quizás ocuparían un lugar como divinidades; un "dios gordo" (de la fertilidad y el bienestar) y quizás un "dios de la muerte" (similar al Ah Puch maya o al Mictlantecuhtli azteca).

Finalmente, refiriéndose a la originalidad de la Cultura Olmeca cita las posiciones difusionistas de R. A. Jairazbhoy, sobre presencia de pueblos africanos y orientales en el Golfo de México, y de B. J. Meggers, respecto a los paralelismos entre las culturas de la dinastía Shang ("estilo Shang") de China y la Olmeca. Critica a ambos y no repara, en el segundo caso, que la hipótesis reconoce como antecedente la de G.F. Ekholm (1964)<sup>3</sup>. Aclara luego que el debate continúa y advierte sobre la dificultad de establecer este tipo de relaciones culturales. Por último, se refiere brevemente a las relaciones entre México y la América andina, basándose sólo en un par de opiniones de autores, alineándose, aparentemente, en la postura de W. Krickeberg sobre la difusión e influencias del Sur hacia el Norte (épocas clásica y postclásica). Sugiere después "Un estudio comparativo sistemático del horizon-

---

<sup>3</sup> Ekholm, Gordon F.: 1964. "Transpacific contacts". En: *Prehistoric Man in the New World* (J. D. Jennings y E. Norbeck, eds.); pp. 489-510. The University of Chicago Press. Chicago.

te de 1500 a 1000 a.C. en la América Media y en los Andes" (p. 165), que tuviera en cuenta "las dos civilizaciones más antiguas" (ibid.), Olmeca y Chavín. Como expresamos antes el autor no ha recurrido a la nutrida bibliografía del tema, desconociendo incluso síntesis que le hubieren sido útiles (A.M. Lorandi, 1970,<sup>4</sup> etc.).

El libro que comentamos es el resultado de un gran esfuerzo de síntesis, de un investigador que ha culminado cerca de cincuenta años dedicados a los estudios antropológicos mesoamericanos, donde destacan los aspectos descriptivos y una concepción personal del tema considerado. Advertimos cierto desmejoramiento del texto que quizás deba atribuirse a la traducción y algunas fallencias -ausencia de indicación de figuras en el texto y de escalas en las figuras de piezas menores, etc.- que probablemente reflejen problemas de edición. Hay una relativización de los procesos culturales mesoamericanos, exceso en el vocabulario al hablar de "mutación" en el desarrollo relacionado con la Cultura Olmeca y alguna desmesura en la utilización del término "civilización" (aunque esto sea característico de los prehistoriadores franceses). Por último, existe un aparente desconocimiento de la prehistoria andinoamericana o, al menos, de la bibliografía pertinente.

*J. Roberto Bárcena*

---

<sup>4</sup> Lorandi, Ana María: 1966 [1970]. "La difusión cultural pre-colombina en América Nuclear". *Relaciones*, V (1): 37-55. Buenos Aires.

**HYSLOP, John: 1985. *Inkawasi, the New Cuzco. Cañete, Lunahuaná, Perú*. Institute of Andean Research. New York, New York. BAR International Series 234. Oxford, Great Britain. XII + 147 pp. 1 mapa, 8 planos, 1 gráfico y 25 fotografías blanco y negro intercalados en el texto. 3 Apéndices con 1 plano, 3 tablas, 3 gráficos y 36 fotografías blanco y negro. Se incluye un listado de erratas.**

BAR International Series ("serie roja") editó esta valiosa contribución de J. Hyslop sobre la arquitectura del inkario.

Conocíamos el interés del autor por la red vial incaica y sus desvelos en pos del relevamiento integral y de la mejor compren-